

# TIEMPOS Y ESPACIOS: MUJERES RURALES MAPUCHE DE LA ARAUCANÍA, ENTRE EL TRABAJO ASALARIADO EN EL ARÁNDANO Y EL TRABAJO INTRAPREDIAL\*

Times and Spaces: Rural Mapuche Women from La Araucanía, between Salaried Work in the Blueberry and Intra-Farm Work

MARÍA LORETO REBOLLEDO GONZÁLEZ\*\* & ASTRID MANDEL MATURANA\*\*\*

Fecha de recepción: 5 de diciembre de 2024 – Fecha de aceptación: 15 de mayo de 2025

## Resumen:

Este artículo analiza la participación de mujeres mapuche rurales de La Araucanía en la cosecha temporal de arándanos, actividad que se inserta en una economía agroexportadora, pero que se articula con prácticas culturales y productivas tradicionales. A partir de entrevistas realizadas entre 2019 y 2020, se examina cómo estas mujeres combinan el trabajo asalariado con los ciclos estacionales ligados a labores agrícolas, el trabajo intrapredial y las responsabilidades domésticas y comunitarias. Los hallazgos evidencian que el empleo en la cosecha no representa un quiebre con sus formas de vida, sino que habilita su continuidad transformada, puesto que permite reorganizar los tiempos y aporta recursos clave para sostener la economía familiar y permanecer en los territorios. Además, muchas mujeres valoran subjetivamente el trabajo en los arándanos por la posibilidad de concentrarse en una única tarea, diferenciada de la fragmentación habitual del trabajo doméstico. El estudio destaca la coexistencia y la articulación entre distintas racionalidades productivas, subrayando las tensiones, adaptaciones y resignificaciones que emergen cuando lo tradicional y lo moderno conviven en los espacios rurales mapuche. La participación en la cosecha se presenta, en este sentido, como una herramienta que les permite a las mujeres mapuche tomar decisiones que se ajustan a sus modos de vida y que responden a una racionalidad económica orientada a la reproducción familiar y comunitaria.

**Palabras clave:** mujeres mapuche rurales; trabajo agrícola; cosecha de arándanos; racionalidad económica; ruralidad; modernización agrícola; La Araucanía.

## Abstract:

This article analyzes the participation of rural Mapuche women from La Araucanía in the seasonal blueberry harvest, an activity embedded in an agro-export economy but articulated with traditional cultural and productive practices. Based on interviews conducted between 2019 and 2020, the study examines how these women combine salaried work with seasonal agricultural cycles, intrafarm labor, and domestic and community responsibilities. The findings show that employment in the harvest does not represent a rupture with their way of life but enables its transformed continuity, allowing for a reorganization of time and providing key resources to sustain the family economy and remain in their territories. Additionally, many women subjectively value the work in the blueberry harvest for the opportunity to concentrate on a single task, in contrast to the usual fragmentation of domestic labor. The study highlights the coexistence and articulation of different productive rationalities, emphasizing the tensions, adaptations, and re-significations that emerge when traditional and modern practices coexist in rural Mapuche spaces. Participation in the harvest thus becomes a tool that allows Mapuche women to make decisions aligned with their ways of life, responding to an economic rationality oriented toward family and community reproduction.

**Keywords:** rural Mapuche women; agricultural work; blueberry harvest; economic rationality; rurality; agricultural modernization; La Araucanía.

\* Artículo enmarcado en el Proyecto FONDECYT N° 1190697 (2019-2022), "Género, etnia y nacionalidad en los asalariados temporales de la fruticultura de exportación: Una inmersión en trayectorias sociales frente a estrategias de empleo en Atacama y La Araucanía", cuya investigadora responsable fue Ximena Valdés Subercaseux.

\*\* Doctora en Historia. Facultad de Comunicación e Imagen, Universidad de Chile, Santiago, Chile. ORCID: 0000-0002-2967-8718.

Correo-e: mareboll@uchile.cl

\*\*\* Magíster en Estudios de Género y Cultura, con Mención en Ciencias Sociales. Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, Santiago, Chile. ORCID: 0000-0003-3716-6277 Correo-e: astridmandelmaturana@gmail.com

## Introducción

La investigación que da origen a este artículo formó parte del Proyecto FONDECYT N° 1190697 “Género, etnia y nacionalidad en los asalariados temporales de la fruticultura de exportación: Una inmersión en trayectorias sociales frente a estrategias de empleo en Atacama y La Araucanía”, desarrollado entre 2019 y 2022. Este proyecto buscó comprender cómo distintos actores sociales —desde sus posiciones de género, origen étnico y nacionalidad— se insertan en el trabajo asalariado temporal en el sector frutícola de exportación. En este marco, el artículo se enfoca en las experiencias de mujeres mapuche que participan como trabajadoras temporeras en la cosecha de arándanos con el fin de explorar la manera en que esta actividad se articula con sus trayectorias económicas anuales. El análisis aborda la forma en que las mujeres combinan el trabajo asalariado con los ciclos estacionales, las labores intraprediales y las tareas domésticas y comunitarias que estructuran la vida cotidiana en sus territorios.

Desde una perspectiva cualitativa, la investigación se basó en entrevistas semiestructuradas y en profundidad realizadas a una diversidad de actores del sistema productivo: trabajadoras y trabajadores temporales rurales y urbanos, empleadoras/es, dueños de predios y representantes de instituciones públicas relacionadas con el empleo y el agro. Las entrevistas retomadas para este artículo fueron realizadas a mujeres mapuche rurales residentes en comunidades y sectores rurales de la provincia de Cautín, región de La Araucanía. Las participantes, cuyas edades fluctúan entre los 28 y 72 años, viven en comunas como Padre Las Casas, Temuco, Toltén, Gorbea, Vilcún, Melipeuco y Lautaro. Sus testimonios permi-

ten observar cómo se entrelazan las tensiones entre el trabajo asalariado, los roles de género, la identidad territorial y las estrategias cotidianas desplegadas para sostener sus formas de vida rurales. Como señala Bengoa (1996), la historia del Pueblo Mapuche ha estado marcada por procesos de despojo y transformación territorial que impactan sus formas de organización económica y social.

La pauta utilizada en la investigación incluyó preguntas orientadas a descomponer la estructura de los ingresos familiares, valorar el salario obtenido en la temporada, identificar subsidios estatales recibidos y comprender la relevancia del trabajo agrícola tanto para el autoconsumo como para la venta de excedentes. Para la elaboración de este artículo, se revisitaron algunas de las entrevistas realizadas y se profundizó en aspectos específicos vinculados a la organización del tiempo y la distribución de tareas reproductivas, productivas y comunitarias. Este enfoque permitió identificar cómo la participación en el trabajo asalariado de temporada —en particular en la cosecha de arándanos— se articula con prácticas de subsistencia, reciprocidad y administración doméstica propias de los modos de vida rural y mapuche, lo cual revela estrategias que combinan saberes locales, vínculos comunitarios y racionalidades económicas orientadas a sostener la vida en el territorio.

En las últimas décadas, La Araucanía ha vivido transformaciones derivadas del modelo de desarrollo neoliberal que han alterado profundamente la economía local, el empleo y las prácticas cotidianas, y fomentado formas de individualismo y consumo. Como sostiene Cuevas (2019), las dinámicas neoliberales impulsadas desde los años setenta han generado procesos de precarización y fragmentación social que

impactan especialmente en los territorios rurales. En el campo, estos cambios se expresan en el paso de una agricultura tradicional a un modelo agroexportador, que coexiste con prácticas agrícolas de subsistencia. La Reforma Agraria, su posterior contrarreforma y el Decreto de Ley N° 701 –que promovió el reemplazo de cultivos tradicionales por forestales– modificaron el acceso a recursos naturales esenciales, como el agua, lo que profundizó la pobreza rural y redujo la viabilidad de los predios familiares. En este contexto, las mujeres mapuche no solo han asumido responsabilidades productivas adicionales, sino que también han tomado decisiones que apuntan a sostener la vida en sus comunidades a través del ingreso temporal del trabajo en la fruticultura.

### **Inserción laboral femenina y desigualdades estructurales en La Araucanía**

La expansión del cultivo de arándanos en la región de La Araucanía –que alcanzó 1.899 hectáreas en 2022, con más de 68 % de su producción destinada a la exportación– ha consolidado una fuente local de empleo temporal, especialmente durante los meses de verano. Según datos de ODEPA (2022), estas plantaciones han adquirido un rol central en la agricultura regional de La Araucanía al consolidarse como una fuente relevante de empleo temporal.

Los estudios sobre mujeres temporeras en Chile, como los de Caro (2012), evidencian las condiciones de precariedad laboral que enfrentan, caracterizadas por estacionalidad e informalidad. No obstante, este tipo de empleo permite a muchas mujeres rurales generar ingresos en un período acotado del año, sin necesidad de migrar largas distancias, y reor-

ganizar su tiempo para compatibilizar el trabajo asalariado con sus tareas productivas, domésticas y comunitarias. Lejos de implicar una desvinculación de sus territorios, esta inserción se configura como una estrategia que articula racionalidad económica, permanencia territorial y reorganización del tiempo.

Esta tendencia se enmarca en un escenario donde las desigualdades estructurales persisten. Por ejemplo, solo 16,9 % de los derechos de agua en Chile están en manos de mujeres, según datos de la Dirección General de Aguas (DGA) presentados en el Registro de Emisiones y Transferencias de Contaminantes (REMA), un sistema de información del Ministerio del Medio Ambiente que monitorea el uso y la propiedad de recursos naturales (Ministerio del Medio Ambiente, 2021). Esta brecha en la tenencia de derechos de agua refleja una vulnerabilidad estructural que afecta especialmente a las mujeres rurales al limitar su acceso a recursos vitales y aumentar su exposición a eventos climáticos extremos, como las sequías. Para las mujeres mapuche, cuya producción agrícola depende en gran medida del autoconsumo y los huertos e invernaderos intraprediales, el acceso limitado al agua no solo restringe su capacidad productiva, sino también su margen de decisión sobre los cultivos y la planificación anual.

El acceso desigual a los recursos naturales en La Araucanía debe contextualizarse en procesos históricos de despojo documentados por Correa (2021) y Correa & Mella (2010), que han condicionado las estrategias actuales de subsistencia de las comunidades mapuche.

En esta región, la incorporación creciente de mujeres a la agroindustria orientada a la exportación ha emergido como una estrategia adaptativa frente a la migración masculina hacia empleos

mejor remunerados. Esta participación no supone un quiebre con las formas de vida tradicionales, sino una respuesta situada que permite complementar ingresos, reorganizar el uso del tiempo y sostener los vínculos territoriales. De acuerdo con datos del Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP, 2023) sobre la Araucanía, más de 23.000 mujeres están acreditadas como usuarias en la región, lo que representa a 51 % del total. Estas mujeres participan activamente en rubros como agroelaborados, horticultura, floricultura, apicultura, artesanía textil y turismo rural. Además, 56 % de quienes integran programas para jóvenes rurales son mujeres.

Estas cifras evidencian la amplitud y la profundidad de la participación femenina en el desarrollo rural. Las mujeres mapuche, lejos de constituir una fuerza de trabajo marginal, sostienen una parte significativa de la economía local y lo hacen articulando distintos tiempos y espacios de trabajo. Como señalan Valdés (1988, 2015, 2018) y Nobre et al. (2017), las mujeres rurales son multifacéticas y su inserción en el mercado frutícola no solo diversifica sus ingresos, sino que transforma la organización tradicional de los hogares. En La Araucanía, estas transformaciones se expresan en una racionalidad económica que responde a las condiciones estructurales sin abandonar los marcos culturales que sustentan la vida cotidiana. Rebolledo (1997) ya advertía que la modernización agraria transformó de manera diferenciada las dinámicas de género en el mundo rural, proceso que permea los ciclos vitales de las mujeres mapuche en sus estrategias económicas actuales.

Sin embargo, persisten representaciones que subvaloran el trabajo femenino. Las labores agrícolas realizadas por mujeres en el marco de la agricultura familiar suelen ser considera-

das como de menor valor económico, lo que reduce su visibilidad en las estadísticas oficiales y limita su acceso a apoyos institucionales (De la Cadena, 1991; Téllez, 2001). No obstante, a pesar de que los hombres continúan siendo los principales propietarios de tierra y, por tanto, los interlocutores frente a las políticas agrarias, las mujeres desempeñan un rol decisivo en la gestión cotidiana de los recursos y en la reproducción económica de las unidades familiares.

Esta situación obliga a muchas mujeres a combinar simultáneamente tareas productivas y reproductivas dentro del hogar, a diferencia del trabajo urbano, donde esas dimensiones suelen estar más separadas. La separación espacial entre producción y consumo impone una reconfiguración del trabajo femenino, que debe adaptarse de la simultaneidad a la secuencialidad (Rebolledo & Mandel, 2018) y con frecuencia sin apoyo masculino. Esto limita su acceso al empleo asalariado formal, pero no impide que tomen decisiones económicas que respondan a sus modos de vida, como la de participar en cosechas estacionales o desarrollar emprendimientos familiares.

En este artículo, entendemos la “tradición” no como un conjunto fijo de prácticas sino como un campo dinámico de saberes, relaciones y tecnologías situadas, históricamente producidas y recreadas en contextos rurales mapuche. Se trata de formas de vida articuladas a la reproducción familiar, el manejo del entorno y formas comunitarias de organización que coexisten con otras lógicas productivas propias del mercado. De modo similar, la “modernidad” no se asume aquí como una etapa lineal, sino como un entramado de relaciones asociadas a dispositivos productivos, tecnologías agrícolas y regímenes de trabajo asalariado que las mujeres evalúan,

adaptan o rechazan según sus necesidades y circunstancias.

Al insertarse en empleos estacionales, como la cosecha de arándanos, las mujeres mapuche entrevistadas en la investigación despliegan una racionalidad económica que busca asegurar su permanencia en el campo, para lo cual reorganizan el tiempo y el trabajo para sostener la producción y reproducción en sus territorios y comunidades y ampliar sus márgenes de decisión. La coexistencia de distintas temporalidades y prácticas revela un proceso de integración donde lo moderno no reemplaza lo tradicional, sino que se resignifica en función de las necesidades cotidianas y las condiciones del entorno.

### **Contexto demográfico y socioeconómico de La Araucanía**

La región de La Araucanía, dividida en dos provincias (Cautín y Malleco) y compuesta por 32 comunas, contaba en 2017 con 957.224 habitantes, de los cuales 48,8 % eran mujeres. Según la Encuesta CASEN (2022a, 2022b), la región alberga a 32,9 % de la población indígena del país, de la cual 99,7 % es mapuche. De esta población indígena, 29,1 % reside en zonas rurales, donde persisten altos niveles de pobreza: 19,8 % vive en pobreza multidimensional, 11,6 %, en pobreza por ingresos, y 3,3 %, en pobreza extrema.

En términos económicos, 22,2 % de las personas ocupadas en la región trabaja en el sector agrícola, siendo 48 % asalariadas/os y 33,4 % trabajadoras/es por cuenta propia (INE 2022). La tasa de informalidad laboral alcanza a 55,8 % de la población, con un aumento significativo de 18,8 % en el trimestre febrero-abril de 2023 (INE 2022).

Esta informalidad impacta especialmente a las mujeres rurales, quienes enfrentan, además, una fuerte segmentación de género en el mercado laboral: según la Fundación para la Promoción y Desarrollo de la Mujer (PRODEMU, 2022), ellas predominan en áreas como el empleo doméstico, la salud, la asistencia social y la enseñanza, mientras que los hombres se concentran en sectores como la agricultura, la silvicultura, la pesca, el transporte y la construcción. En el trimestre marzo-mayo de 2024, solo 0,6 % de las mujeres ocupadas en la región trabajaba en agricultura, aunque con una significativa variación interanual de 27,7 % (INE 2024), lo cual refleja su creciente incorporación al trabajo temporal agroexportador.

En este escenario, el cultivo de arándanos ha adquirido un rol central en la economía regional. Su sistema de remuneración se estructura a partir del salario mínimo, asegurado al recolectar 33 kilos diarios, con un pago adicional por cada kilo extra. No obstante, si la meta semanal no se alcanza, los/as trabajadores/as pueden ser desvinculados. Las exigencias laborales, como el peso de las bandejas, el rendimiento esperado y las condiciones físicas del predio, introducen variaciones importantes entre empresas y definen una organización del trabajo altamente estandarizada. Cada campo puede requerir entre 40 y 60 cosecheras/os por temporada, organizados en cuadrillas dirigidas por supervisores/as, muchas veces extemporeros/as que conocen las dinámicas del rubro.

La recolección de arándanos involucra a trabajadoras y trabajadores de diversas edades y trayectorias. Participan jóvenes que buscan solventar estudios, así como mujeres adultas que, tras años de experiencia en labores agrícolas y domésticas, encuentran en esta actividad un ingreso estraté-

gico de la época estival que les permite sustentar los meses de invierno. Las condiciones laborales suelen implicar largas jornadas, iniciadas a las 6:30 o 7:00 hrs. y extendidas hasta la tarde, con escasas pausas. Las entrevistadas señalan que a menudo desconocen los términos del contrato, que no siempre les es entregado, y describen exigencias físicas que incluyen el transporte de bandejas pesadas y la exposición prolongada a condiciones climáticas extremas.

A pesar de estas dificultades, para muchas mujeres mapuche rurales la cercanía de los predios, la ausencia de requisitos formales y la posibilidad de obtener ingresos inmediatos constituyen ventajas significativas. Este tipo de empleo permite reorganizar el tiempo doméstico sin desvincularse del territorio ni de las responsabilidades de cuidado. Su participación en la cosecha no debe leerse como una mera adaptación a un sistema externo, sino como una estrategia situada que responde a su racionalidad económica familiar y comunitaria. Se trata de una incorporación que se ajusta a las temporalidades locales, lo que permite que el trabajo asalariado conviva con las prácticas de autoconsumo, planificación anual y reciprocidad.

El caso del trabajo en los arándanos de esta investigación muestra que la lógica del contrato temporal puede ser reconfigurada desde las propias condiciones y decisiones de las mujeres. Lejos de representar una transición unívoca hacia una modernidad estandarizada, esta experiencia revela una forma de integración productiva que permite sostener la vida en los territorios resignificando elementos técnicos y organizativos de la agroindustria a partir de las necesidades del hogar, el ciclo agrícola y la red comunitaria.

En las culturas campesinas, los ciclos de trabajo han estado tradicionalmente ligados a los ritmos de la naturaleza. Las estaciones marcan el compás de las actividades agrícolas, desde la preparación de la tierra hasta las siembras y cosechas, por lo que se establece una conexión estrecha entre el tiempo natural y los procesos sociales que estructuran la vida cotidiana. Sin embargo, esta relación con el tiempo no es fija ni universal: se resignifica constantemente a partir de las condiciones materiales, las trayectorias familiares y las posibilidades diferenciadas de acceso a servicios, políticas públicas y movilidad. Estos elementos configuran escenarios diversos en los territorios rurales de La Araucanía, donde las desigualdades estructurales también marcan el pulso de la vida cotidiana.

En estos espacios, los calendarios de siembra y cosecha continúan organizando el trabajo doméstico y productivo, sostenido generalmente por las familias. Cada estación trae consigo un conjunto de tareas específicas que se realizan en el hogar o en las parcelas cercanas, dando lugar a una rutina cíclica donde se entrelazan labores reproductivas y económicas. No obstante, estos calendarios están lejos de ser homogéneos: se ven atravesados por la escasez de agua, el deterioro ambiental, la sobrecarga de tareas que enfrentan las mujeres y la concentración de tierras y recursos en manos de pocos.

Aunque los ciclos tradicionales persisten, coexisten con prácticas agrícolas modernas impulsadas por tecnologías y modelos de producción estandarizados, que operan con lógicas temporales distintas. Frente a esta coexistencia, las mujeres mapuche han desarrollado formas de integración estratégica donde la racionalidad económica se entrelaza con la

reproducción del modo de vida. No se trata de una adopción pasiva de la modernidad, sino de decisiones que les hacen sentido desde sus propias condiciones territoriales y les permiten sostener la vida familiar, mantener los vínculos comunitarios y permanecer en el campo.

En La Araucanía, el clima –marcado por temporadas de lluvias extensas– afecta los tiempos del trabajo, los desplazamientos y la disponibilidad de recursos. En este contexto, la relación con la tierra se constituye como una práctica que no puede entenderse únicamente desde la tradición, sino también desde la capacidad de negociación cotidiana con un entorno cambiante, tanto ecológica como económicamente. Actividades de subsistencia, como el cultivo de hortalizas y cereales, la recolección de piñones, el pastoreo y la cría de animales menores conviven con la necesidad de generar ingresos mediante el trabajo temporal en el marco de una economía regional orientada a la agroexportación.

Los períodos de *Pukem*, *Pewü* y *Walüng*, que estructuran el calendario mapuche, expresan esta cosmovisión dinámica. No se trata solo de estaciones del año, sino de dimensiones temporales que combinan elementos climáticos, ecológicos y sociales. *Pukem* (otoño-invierno) es un tiempo de recogimiento, cuidado y planificación. Para muchas familias, también es una etapa marcada por la escasez. Tegalda (54 años, comuna de Gorbea) relata que en este período se reducen las labores al aire libre, pero aumentan las actividades dentro del hogar, como la preparación del terreno, el cuidado de animales y la selección de semillas.

*Pewü* (primavera) marca el tiempo del brote, el crecimiento de las plantas y la reactivación del trabajo comunitario. Se preparan las siembras y

se proyectan los trabajos intensivos del verano. *Walüng* (verano), por su parte, es el momento de la cosecha, el intercambio y la circulación de productos. Es también el tiempo en que se intensifican las labores asalariadas en predios de agroexportación. Muchas mujeres acceden en esta etapa al trabajo temporal en la cosecha de arándanos, al que han integrado a su planificación anual sin romper con sus otras responsabilidades productivas y domésticas y las tradiciones de sus comunidades.

Amalia (70 años, comuna de Toltén), quien teje en invierno y trabaja en la cosecha durante el verano, ilustra esta articulación entre tiempos productivos. Con los ingresos obtenidos, asegura el abastecimiento del hogar, invierte en la mejora de su invernadero y en la compra de semillas para su huerta, así como en alimentos para sus gallinas y ovejas. Esta lógica de uso del ingreso revela una planificación familiar basada en la permanencia territorial y en la circulación entre diversas actividades, sin descartar ninguna.

La gestión del tiempo en estas economías familiares rurales es, entonces, una estrategia que combina múltiples fuentes de ingreso y responde tanto a exigencias del mercado como a necesidades familiares y comunitarias. Lejos de representar una ruptura entre lo moderno y lo tradicional, estas prácticas reflejan una reorganización de las temporalidades y del trabajo que permite a las mujeres sostener la vida en sus territorios.

Estas decisiones se toman en función de la cercanía a los predios, el costo del transporte y la necesidad de cuidar a sus hijos, animales o huertos. Por ello, la flexibilidad del trabajo en arándanos adquiere sentido cuando se alinea con los ciclos familiares y las necesidades terri-

toriales. La participación en la cosecha no solo genera ingresos, sino que permite a las mujeres sostener una forma de vida que combina producción para el autoconsumo con la inserción temporal en el mercado.

La división de tareas según género también estructura los tiempos. Mientras los hombres tienden a asumir labores estacionales ligadas a cultivos o faenas externas y extensas, las mujeres organizan su vida entre múltiples espacios y actividades. Tegualda resume esta multiplicidad: “En un día hago miles de cosas, pero todas de a poco. Si hoy no hice nada productivo, mañana puedo ver el campo, podar frutillas, cocinar...”. Esta fragmentación exige una administración del tiempo en función de la simultaneidad, no de la secuencialidad.

El trabajo asalariado en el campo, en cambio, introduce horarios definidos, lo que tensiona esa flexibilidad. Por eso, muchas mujeres buscan empleos cercanos que les permitan responder ante emergencias o mantener la rutina del hogar. Manuela (34 años, comuna de Vilcún) elige predios próximos para no desatender a sus hijos. María (41 años, comuna de Vilcún) destaca que la cercanía le permite contar con redes de apoyo, como su madre o hijos mayores.

Estas estrategias no son homogéneas. Las posibilidades de trabajar en la cosecha dependen del ciclo vital y la composición familiar. Mientras mujeres mayores, como Amalia, encuentran mayor libertad para emplearse, mientras que aquellas con hijos pequeños enfrentan más restricciones, a menos que puedan apoyarse en otras personas del hogar. Esto se traduce en decisiones que equilibran obligaciones domésticas, reproducción económica y participación laboral externa, y que reflejan una racionalidad profundamente situada.

En síntesis, las mujeres mapuche rurales despliegan formas complejas de organización del tiempo que les permiten combinar distintas fuentes de ingresos, sostener sus responsabilidades familiares y permanecer en sus territorios. Estas prácticas revelan una dinámica de cambio constante, donde lo tradicional y lo moderno se entrelazan en función de los recursos disponibles, las condiciones de vida y las decisiones que les hacen sentido para continuar habitando el campo.

### **Integración del trabajo asalariado con el trabajo productivo y reproductivo intrapredial**

Como ya mencionábamos, el trabajo intrapredial de las mujeres se realiza de manera intercalada y se ajusta a las estacionalidades diarias y anuales. En invierno, por ejemplo, se dedican al tejido y al hilado de lana durante la noche, mientras que en el verano pueden optar por recolectar frutos o trabajar en la cosecha de arándanos. Esta flexibilidad en la organización de tareas permite a las mujeres adaptar sus actividades según las necesidades económicas y los recursos disponibles en cada temporada.

Las mujeres mapuche han desarrollado una capacidad para adaptar sus prácticas laborales y domésticas de acuerdo con sus necesidades y recursos. Aunque las empresas prohíben que los trabajadores se lleven arándanos, algunas mujeres continúan con esta práctica, utilizando la fruta para consumo familiar y la elaboración de productos caseros como mermeladas y kuchen. Esta persistencia en la recolección refleja cómo las mujeres manejan las restricciones y adaptan sus recursos a las demandas del hogar.

Las actividades económicas de las mujeres mapuche varían según su ubicación geográfica. En zonas costeras, la recolección de productos marinos es predominante, mientras que en áreas de cordillera y cercanas a ríos, se dedica más tiempo a la ganadería y la artesanía textil. El entorno natural y el clima juegan un papel crucial en la determinación de las tareas que realizan.

En el contexto de pobreza asociado a la minifundización, el acceso limitado al agua y el deterioro de los suelos agrícolas, las economías familiares en las comunidades mapuche presentan características únicas. La tenencia de tierras y la capacidad para tomar decisiones colectivas, como elegir qué sembrar, se complementan con el apoyo de programas sociales y subsidios estatales. Estos programas, tanto nacionales como municipales, ayudan a sostener la vida y la permanencia en los territorios.

Tal como relatábamos al comienzo de este artículo, históricamente la falta de ofertas laborales en el agro llevó a muchos hombres y algunas mujeres mapuche a migrar a la zona central para trabajar como temporeros/as en la recolección de frutos de exportación. Hoy, la presencia de predios frutales, incluidos los arándanos, en la región de La Araucanía ha reducido la necesidad de migración y permitido a las mujeres acceder a empleos asalariados locales y beneficiarse de políticas públicas de apoyo.

Amalia (70 años, comuna de Toltén), por ejemplo, combina la recolección de productos del mar con la agricultura mediante un invernadero proporcionado por el Programa de Desarrollo Territorial Indígena (PDTI) y mejorado gracias al salario obtenido en la cosecha de arándanos. Aunque anteriormente recibía semillas, la falta de apoyo ha llevado a Amalia a retomar el cultivo en el huerto tradicional para suplementar su ingreso durante el invierno.

### **Convivencia de saberes y tecnologías: prácticas agrícolas tradicionales y estrategias de inserción contemporánea**

Las mujeres mapuche han integrado, de forma situada y estratégica, prácticas agrícolas tradicionales con formas de producción asociadas a la modernización del agro. Los huertos, ubicados generalmente junto a la vivienda, forman parte de un sistema de cultivo que se organiza desde la lógica del autoconsumo, la autonomía alimentaria y el manejo familiar del tiempo. En ellos se trabaja muchas veces con semillas propias, en tiempos definidos por la estación y por las necesidades del hogar. Este manejo se sostiene en una cosmovisión que vincula producción, cuidado y memoria territorial, y en la cual el trabajo agrícola forma parte de una rutina cotidiana.

Por su parte, el invernadero ha sido introducido en muchas comunidades como una herramienta tecnológica que permite superar ciertas limitaciones ambientales —especialmente las vinculadas a las heladas y a la escasez de agua— y extender la producción de hortalizas durante todo el año. Si bien esto ha representado una oportunidad concreta para diversificar cultivos y mejorar los ingresos, su uso está condicionado por las regulaciones externas que acompañan su implementación: manuales técnicos, exigencias programáticas y una lógica productiva más estandarizada. A diferencia del huerto, el invernadero requiere insumos externos y responde a tiempos y expectativas que no siempre coinciden con los ciclos familiares o territoriales.

Sin embargo, no se trata de dos mundos enfrentados. La coexistencia de huerto e invernadero en los predios mapuche muestra una capacidad de articulación entre racionalidades distintas. Más que contraponerse, ambos dispositivos se complementan: mientras el huerto mantiene

prácticas tales como el intercambio de semillas, el invernadero aporta constancia, permite planificar ventas y puede facilitar la delegación de tareas, por ejemplo, hacia hijos/as mayores durante los meses de cosecha de arándanos.

En este sentido, la distinción analítica entre huerto e invernadero da cuenta de cómo las tecnologías y los dispositivos son apropiados, evaluados y resignificados por las mujeres desde sus propios marcos de decisión. Tal como relatan algunas entrevistadas, trabajar en el huerto permite mayor flexibilidad y control cotidiano, mientras que el invernadero, si bien exige adaptación a tiempos más rígidos, ofrece ventajas como la estabilidad de producción o la posibilidad de dejar cultivos funcionando mientras se participa en labores asalariadas. Ello permite observar un entramado relacional en el que distintas temporalidades, tecnologías y formas de trabajo coexisten y se entrelazan en la vida cotidiana de las mujeres mapuche.

Los hallazgos presentados en los párrafos anteriores muestran que estas no solo integran prácticas agrícolas de distinto origen, sino que lo hacen desde una lectura situada de sus contextos familiares, territoriales y económicos. Más que una dicotomía entre lo tradicional y lo moderno, lo que emerge es una articulación entre tecnologías, saberes y formas de organización del tiempo que coexisten y se reconfiguran. Esta capacidad de combinar actividades de autoconsumo con el uso de tecnologías como el invernadero, o de alternar el trabajo asalariado con labores intraprediales, responde a estrategias adaptativas que les permiten sostener su autonomía, responder a las exigencias del mercado y mantener los vínculos con sus territorios y comunidades.

Las tareas y tiempos se ajustan según las necesidades familiares, las oportunidades laborales y las condiciones climáticas. Tegualda (54 años, comuna de Gorbea) explica que prioriza actividades según la necesidad económica, mientras que María (41 años, comuna de Vilcún) menciona su kiosco y la venta de huevos como fuentes de ingreso adicionales. La planificación anual incluye siembra, venta de verduras, tejidos, participación en eventos locales y trabajo asalariado.

El ingreso de la cosecha de arándanos es crucial para cubrir gastos como uniformes escolares y otros artículos necesarios. María, por ejemplo, combina su trabajo en arándanos con la gestión de un invernadero y un cultivo de frutillas, además de utilizar el Subsidio Único Familiar (SUF) para apoyar su hogar. Asimismo, la inversión de los ingresos en el cultivo de papa, trigo y avena permite a las familias mantener una forma de vida tradicional. Esta práctica asegura la alimentación, preserva tradiciones alimentarias y fortalece los lazos comunitarios.

El cultivo de papa, en específico, no solo proporciona alimento, sino también empleo y oportunidades económicas adicionales. A pesar de la incorporación de remuneración en la cosecha, las actividades como la recolección de papa siguen siendo ocasiones de encuentro y solidaridad comunitaria. Tegualda (54 años, comuna de Gorbea) señala que, a pesar de los cambios, la recolección sigue siendo una instancia de intercambio y apoyo mutuo.

Los ingresos de la cosecha de arándanos son fundamentales para mantener la estabilidad económica y cultural de las comunidades mapuche. Permiten la inversión en cultivos tradicionales, fortalecen la economía familiar y apoyan el modo de vida tradicional en un contexto donde la reci-

prociudad y el trabajo manual ya no son suficientes por sí solos. La integración de prácticas tradicionales y modernas demuestra la capacidad de adaptación y resiliencia de las mujeres mapuche en su contexto económico y cultural.

El contraste entre el cultivo de papas y la cosecha de arándanos ilustra cómo las mujeres mapuche adaptan sus prácticas laborales según las oportunidades y desafíos específicos. Aunque el cultivo de papas es fundamental para la economía familiar mapuche, es percibido y significado por las entrevistadas como un trabajo físicamente más exigente y menos limpio en comparación con la cosecha de arándanos. Así, mientras que la recolección de papas implica estar en contacto directo con la tierra y el barro, la cosecha de arándanos se realiza de pie y en un entorno más controlado. Amalia (70 años, comuna de Toltén) explica:

En las papas el trabajo es muy pesado y sucio; uno está agachada en la tierra, levantando polvo y quedando toda embarrada. En cambio, en el arándano, el trabajo es más limpio, ya que se realiza en un ambiente controlado con nylon y agua en los caminos. No se ensucia tanto.

Además, el trabajo en el arándano permite una mayor flexibilidad en la gestión del tiempo. Las mujeres pueden decidir cuánto trabajar una vez alcanzado el mínimo requerido a diferencia de las actividades domésticas que demandan un compromiso constante sin posibilidades de ajuste. Daniela (20 años, comuna de Gorbea) destaca: “Puedo faltar al trabajo si tengo trámites o emergencias, siempre que justifique mi ausencia. No es necesario quedarse hasta el final si no se quiere; uno puede trabajar el tiempo que desee.”

El ambiente laboral en la cosecha de arándanos también ofrece beneficios sociales signifi-

cativos. Las mujeres valoran la oportunidad de interactuar con otras trabajadoras y compartir experiencias en un entorno que fomenta la camaradería. Cecilia (45 años, comuna de Padre Las Casas) comenta: “En la cosecha de arándanos, me sentí libre de estrés y pude reírme y disfrutar del trabajo. Conocí a muchas mujeres de diferentes lugares, y el ambiente era muy positivo. La sociabilidad en el campo es una gran diferencia respecto al trabajo solitario en casa.”

## Conclusiones

A lo largo de este artículo se ha examinado cómo las mujeres mapuche rurales de La Araucanía integran su participación en el trabajo asalariado temporal de la fruticultura —en particular en la cosecha de arándanos— dentro de un entramado más amplio de prácticas productivas, reproductivas y comunitarias que configuran sus ciclos de vida y organización económica. Lejos de asumir una ruptura entre tradición y modernidad, los hallazgos muestran cómo estas mujeres entrelazan lógicas distintas de producción, circulación y trabajo desde una racionalidad económica situada que responde a sus condiciones materiales, responsabilidades familiares, vínculos territoriales y experiencias acumuladas.

La participación en la cosecha de arándanos se revela como una estrategia adaptativa que permite a las mujeres generar ingresos en momentos específicos del año, sin abandonar las labores intraprediales ni las formas de subsistencia que sostienen su autonomía alimentaria y su inserción comunitaria. El trabajo asalariado no sustituye las formas de producción campesina, sino que se articula con ellas desde la reorganización de los tiempos y las tareas según la disponibilidad de recursos, el acceso

a servicios, las oportunidades de empleo local y las necesidades familiares. En este sentido, el ingreso estacional de la cosecha de arándanos es valorado tanto por su utilidad económica —para cubrir gastos escolares, alimentar a la familia o invertir en cultivos tradicionales— como por su compatibilidad con las formas de organización cotidiana en los hogares.

Asimismo, el artículo ha mostrado que las mujeres no acceden de manera uniforme al empleo, sino que su incorporación se encuentra profundamente mediada por factores como el ciclo vital, la movilidad, las redes de apoyo, la cercanía del predio y la disponibilidad de transporte. La organización del tiempo responde a criterios familiares más que a una lógica exclusivamente productiva, y las decisiones laborales se toman considerando tanto las exigencias del mercado como los ciclos del calendario agrícola y las tareas domésticas.

Otro aspecto central es la coexistencia de tecnologías y prácticas que, en los discursos institucionales, suelen aparecer como antagónicas. El caso de los huertos e invernaderos muestra que las mujeres no adoptan pasivamente las herramientas promovidas por la modernización agrícola, sino que las resignifican según sus propios criterios: alternan, combinan y ajustan su uso para sostener la producción, asegurar el autoconsumo, mantener su autonomía y facilitar la continuidad de las labores cuando participan en trabajos externos.

Las entrevistas revelan además una percepción diferenciada entre trabajos agrícolas tradicionales y asalariados. La cosecha de arándanos es vista como más limpia, menos exigente físicamente, más flexible y como un espacio para nuevas formas

de sociabilidad en comparación con otras tareas, como la recolección de papas. Este aspecto no es menor, pues permite comprender el hecho de que ciertas formas de trabajo temporal pueden adquirir sentido positivo para las mujeres, al permitirles tomar decisiones que se integren a sus modos de vida y reforzar vínculos sociales en entornos muchas veces marcados por la soledad de las labores domésticas y obligaciones comunitarias, como cocinar en las faenas dentro de sus comunidades.

No obstante, la inserción laboral también conlleva tensiones y exigencias importantes. Las mujeres entrevistadas reportan condiciones climáticas adversas, esfuerzos físicos relevantes, presión por cumplir metas de rendimiento y desconocimiento de los términos contractuales. Esta ambivalencia refleja la complejidad del trabajo agrícola en el contexto rural mapuche, donde los beneficios del ingreso deben ser constantemente ponderados frente a los costos físicos, emocionales y organizacionales que implica.

En síntesis, las experiencias aquí recogidas permiten concluir que la inserción de mujeres mapuche rurales en el mercado agroexportador, lejos de implicar un quiebre con sus formas de vida, se configura como una herramienta para sostener, complementar y transformar sus economías. La tradición no desaparece, sino que se resignifica, adaptándose a las condiciones contemporáneas sin perder su anclaje territorial ni su dimensión comunitaria. A través de decisiones situadas, estas mujeres combinan temporalidades, tecnologías y formas de trabajo que les permiten permanecer en el campo, mantener su autonomía relativa y reconfigurar sus roles sociales sin desvincularse de sus territorios ni de sus formas históricas de organización.

## Referencias bibliográficas

**Bengoa, J.** (1996). *Historia del Pueblo Mapuche (siglos XIX y XX)*. SUR.

**Caro, P.** (2012). Caso de Chile. En F. Soto & E. Klein (Coords.), *Empleo y condiciones de trabajo de mujeres temporeras agrícolas* (pp. 143-221). FAO.

**CASEN** (2022a). Pueblos indígenas. Ministerio de Desarrollo Social y Familia. [https://bidat.midesof.cl/details/ficha/dato/9c610e51-3195-41b9-8e07-60dc9c35838b/page\\_search](https://bidat.midesof.cl/details/ficha/dato/9c610e51-3195-41b9-8e07-60dc9c35838b/page_search)

\_\_\_\_\_ (2022b). Resumen de resultados: Pobreza por ingresos, pobreza multidimensional y distribución de los ingresos. Ministerio de Desarrollo Social y Familia.

**Correa, M.** (2021). *Historia del despojo: El origen de la propiedad particular en el territorio mapuche*. Pehuén, Ceibo.

**Correa, M. & Mella, E.** (2010). *Las razones del Illkun/enojo: Memoria, despojo y criminalización en el territorio mapuche de Malleco*. LOM.

**Cuevas, P.** (2019). El temprano fin del siglo XX: Dinámicas internas y tendencias mundiales en los proyectos neoliberales en Chile y México (1973-1994). *Izquierdas*, 47, 196-220.

**De la Cadena, M.** (1991). Las mujeres son más indias: Etnicidad y género en una comunidad del Cusco. *Andina*, 9(1), 7-29.

**INDAP** (2023). Datos de mujeres usuarias acreditadas en la Región de La Araucanía. Instituto de Desarrollo Agropecuario, Región de La Araucanía.

**INE** (2017). Resultados Censo de Población y Vivienda 2017. Instituto Nacional de Estadísticas.

\_\_\_\_\_ (2022). Empleo trimestral, región de La Araucanía. *Boletín Estadístico*, 51. Instituto Nacional de Estadísticas.

\_\_\_\_\_ (2024). Empleo trimestral, región de La Araucanía. *Boletín Estadístico*, 171. Instituto Nacional de Estadísticas.

**Ministerio del Medio Ambiente** (2021). Género y medio ambiente. En Sexto Reporte del Estado del Medio Ambiente (REMA). <https://sinia.mma.gob.cl/wp-content/uploads/2022/01/C3-genero-y-medio-ambiente-rema-2021.pdf>

**Nobre, M., Hora, K., Brito, C. & Parada, S.** (2017). Atlas de las mujeres rurales de América Latina y el Caribe. FAO.

**ODEPA** (2022). Catastro frutícola 2022: Principales resultados. Región de La Araucanía. Oficina de Estudios y Políticas Agrarias, Ministerio de Agricultura de Chile. <https://bibliotecadigital.odepa.gob.cl/handle/20.500.12650/71125>

**PRODEMU** (2022). Desigualdades socioterritoriales en la Araucanía. Fundación para la Promoción y Desarrollo de la Mujer.

**Rebolledo, L. & Mandel Maturana, A.** (2018). Tiempos y lugares: Transformaciones socioculturales en localidades rurales de Chile central. En X. Valdés (Coord.), *Tiempos y lugares: Transformaciones socioculturales en localidades rurales de Chile central* (pp. 19-54). Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

**Téllez, A.** (2001). Trabajo y representaciones ideológicas de género: Propuesta para un posicionamiento analítico desde la antropología cultural. *Gazeta de Antropología*, 17, 1-14.

**Valdés, X.** (1988). La feminización del mercado de trabajo agrícola de Chile Central. En E. Hola (Coord.), *Mundo de mujer: Continuidad y cambio* (pp. 387-430). Centro de Estudios de la Mujer.

\_\_\_\_\_ (2015). Feminización del empleo y trabajo precario en las agriculturas latinoamericanas globalizadas. *Cuadernos de Antropología Social*, 41, 39-54.

\_\_\_\_\_ (Coord.) (2018). *Tiempos y lugares: Transformaciones socioculturales en localidades rurales de Chile central*. Universidad Academia de Humanismo Cristiano.